

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
**D. FABIÁN ESTAPÉ RODRÍGUEZ**

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS  
26 DE MARZO DE 2012



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas  
Plaza de la Villa, 2  
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-343-6

Depósito legal: M-25856-2012



Fabián Estapé Rodríguez

# ÍNDICE

<b><i>IN MEMORIAM DEL EXCMO. SR. D. FABIÁN ESTAPÉ RODRÍGUEZ</i></b>	<b>7</b>
Excmo. Sr. D. MARCELINO OREJA AGUIRRE	
<b>PALABRAS DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ LUIS GRACÍA DELGADO</b>	<b>11</b>
<b>FABIÁN ESTAPÉ, <i>IN MEMORIAM</i></b>	<b>21</b>
Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA SERRANO SANZ	
<b><i>IN MEMORIAM.</i></b>	
<b>D. FABIÁN ESTAPÉ RODRÍGUEZ</b>	<b>33</b>
Excmo. Sr. D. JULIO SEGURA	
<b>FABIÁN ESTAPÉ: UN ASIENTO PERMANENTE</b>	<b>45</b>
Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES	
<b>PALABRAS DEL EXCMO. SR. D. CRISTÓBAL MONTORO</b>	<b>57</b>

*IN MEMORIAM DEL*  
**EXCMO. SR. D. FABIÁN ESTAPÉ RODRÍGUEZ**

**Excmo. Sr. D. MARCELINO OREJA AGUIRRE**

Exmo. Sr. Ministro de Hacienda  
y Administraciones Públicas,  
Excma. Sra. Ministra de Empleo  
y Seguridad Social,  
Excmos. Sres. Académicos,  
Querida familia Estapé,  
Señoras y señores:

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas se reúne hoy en sesión necrológica dedicada a honrar la memoria de quien fue nuestro compañero, Fabián Estapé Rodríguez. Personaje público notable, fue uno de los más grandes economistas españoles de los últimos decenios y jugó un papel importante en los años setenta en la redacción del segundo Plan de Desarrollo que sentó las bases del cambio económico que necesitaba nuestra sociedad y que permitió impulsar más tarde el desarrollo político con la restauración de la Monarquía”.

Fabián Estapé era también un intelectual en el más completo sentido de la palabra, de la que se beneficiaron muchas generaciones de alumnos que son hoy maestros en la Universidad y

eficaces gestores en el ámbito de los negocios, que actuó siempre desde la libertad más absoluta, sin condicionamientos ni trabas de ningún tipo y se encontró plenamente integrado en nuestra Real Academia caracterizada por los saberes plurales y la interdisciplinaridad.

Durante los últimos años, a pesar de su enfermedad, siempre que podía se esforzaba por venir a esta casa que recorría en su silla de ruedas, atento a cuanto sucedía en la Corporación, pendiente de las últimas intervenciones, de los nuevos libros que llegaban a la Biblioteca, de las conferencias que se preparaban y aportaba constantemente ideas e iniciativas.

A continuación glosarán su figura los Académicos D. José Luis García Delgado, D. José María Serrano Sanz, D. Julio Segura Sánchez y D. Juan Velarde Fuertes y clausurará el acto el Ministro de Hacienda y Administraciones Públicas, D. Cristóbal Montoro.

Por mi parte, sólo quiero dejar testimonio del inmenso afecto que sentíamos por él y cuánto nos reconforta evocar su memoria, la inteligencia de su mirada y sus palabras, en las que encontramos siempre el brillo de su ingenio.

**PALABRAS DEL**  
**Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO**



Sra. y Sr. Ministros,  
Sr. Presidente,  
Sra. y Sres. Académicos  
Familia y amigos de Fabián Estapé,  
Sras. y Sres.

Al comenzar el pasado mes de febrero moría en León el que probablemente haya sido el economista de mayor talento y personalidad más acusada de su generación: nuestro compañero en esta Corporación, Fabián Estapé.

Con la brevedad que la Sesión Pública impone —y que siempre es deseable: nada hay más noble que la concisión, dejó escrito Stevenson—, expondré ahora unas pocas consideraciones en su honor y en su memoria; en honor de su memoria. Comencé a leer escritos de Estapé hace exactamente cincuenta años —un ejemplar ciclostilado, en una edición más casera que artesanal por la que nos peleábamos los estudiantes de Madrid, de los *Apuntes de Política Económica Española* que recogían sus explicaciones en la cátedra de la Universidad de Zaragoza: hace de esto, digo bien, medio siglo—, y luego el trabajo universitario me brindó muchas ocasiones de

coincidir con él, y motivos para admirarlo y profesarle un afecto profundo. Ojalá supiera expresarlo ahora.

\* \* \*

El componente generacional tiene indudable relieve en el caso de Fabián Estapé. Nacido en 1923 en el fronterizo Portbou gerundense —y un día antes del golpe de Primo de Rivera, como a él le gustaba hacer notar, pues por unas pocas horas no pudo ser beneficiario de las veinticinco pesetas con que el dictador premió a cada uno de los españoles que vinieron al mundo en la misma fecha del pronunciamiento que marcó el regreso a la tradición militarista de corte decimonónico—, Estapé vivió como estudiante universitario, primero, y como joven profesor, después, en una Barcelona que “parecía más oscura” y donde “los Metros olían a miseria”, cuando “media España ocupaba España entera”, según evocan los versos de Jaime Gil de Biedma; pero que era también el tiempo en que un nutrido grupo de escritores y artistas coetáneos —teniendo como abanderados a Antoni Tàpies, nacido como Estapé en 1923 y fallecido asimismo en 2012, a Gabriel Ferraté y a Carlos Barral— participaba activamente en iniciativas para recuperar cierto pulso intelectual (“señoritos de nacimiento/ por mala conciencia escritores/ de poesía social”,

así se autocontemplan en unos versos bien conocidos). Multiplicadas iniciativas que van de *Dau al Set* a la renovación de viejos y prestigiosos sellos editoriales, fomentando un creativo clima ciudadano del que no serán ajenos, avanzada la década de los años cincuenta, la recién abierta Facultad de Ciencias Económicas en la capital catalana o la hábil conversión del *Club Comodín de Ajedrez* en *Círculo de Economía*, un adelantado ejemplo del mejor activismo de la sociedad civil en una época ciertamente no fácil para ejercerlo. Y bien, Fabián Estapé vivirá con intensidad ese ambiente, propicio para quien siempre deseó asomarse a diversos campos del conocimiento y para quien poseyó durante muchos años una vitalidad desbordante. Por ello Gil de Biedma acabaría dedicándole a Fabián Estapé el hermoso poema “Barcelona já no és bona, o mi paseo solitario en primavera”, en el que recrea, idealizándola, la ciudad burguesa y fabril del “capitalismo de empresa familiar” que era la capital de Cataluña en el primer tercio del siglo XX.

\* \* \*

Ése es, sin duda, el ambiente, todo menos átono o adormecido, en que se decantan inclinaciones y hábitos intelectuales de Fabián Estapé, que tendrá la suerte de contar por entonces con

dos maestros universitarios extraordinarios: Luis García de Valdeavellano en la proximidad de la Universidad de Barcelona y, en la distancia, Ramón Carande, el “maestro de historiadores y discípulo de la vida a quien nada le fué ajeno”, como reza la placa que lo recuerda en una calle del barrio sevillano de Sta. Cruz. Doble magisterio, todo un premio gordo al iniciar la carrera como docente e investigador.

Una vez modelada, la fuerte personalidad de Fabián Estapé ocupará durante decenios enteros un lugar prominente en la escena académica y pública española, y no sólo de Cataluña. No es difícil dibujar algunos de sus rasgos personales más característicos. Una presencia siempre rotunda, y no tanto por su físico poderoso y el ímpetu de sus maneras, cuanto por su inteligencia vivísima y no poco provocativa, y quizá también en exceso pródiga. Una mirada siempre penetrante, como su despejada y altiva frente. Un discurso rápido, plagado de onomatopeyas, y acaso algo mortificado por no adquirir la velocidad del vuelo del pensamiento que lo dicta. En fin, un irreprimible sentido del humor, siempre punzante y a veces hasta mordaz, que en Madrid se hará legendario durante el efímero paso de Estapé por los aledaños del Gobierno en el tambaleante franquismo de los primeros setenta, al ser nombrado Comisario Adjunto del Plan de Desarro-

llo. Quizá más que nunca, Estapé fuera entonces un derrochador de ingenio y talento.

Algo del despilfarrar sin tregua explica que en su obra haya más destellos que continuidad, más apuntes de genio que investigación elaborada. Enrique Fuentes Quintana, que tanto le quiso y ayudó, no pudo dejar de advertirlo en el largo prólogo al volumen que recoge la tesis doctoral de Fabián Estapé, publicada en 1971, casi veinte años después de presentarse, titulada *La reforma tributaria de 1845*; me refiero al párrafo final de dichas líneas prologales, donde, tras ponderar la “envidiable seguridad” del autor “en la interpretación de (...) problemas difíciles y controvertidos”, realizando “ejemplarmente la unión de los aspectos económicos o financieros con los sociales y políticos sin romper la historia”, Fuentes confesará una “explicable nostalgia por rescatar la pluma y el oficio singulares” de Estapé, con objeto de “ponerla de nuevo al servicio de otras empresas pendientes” en el terreno de la investigación.

\* \* \*

No he de extenderme mucho más. En otras intervenciones en este mismo acto se glosarán los principales aspectos de la trayectoria académica y profesional de nuestro compañero Fabián

Estapé. Por mi parte, sólo quiero añadir, esquemáticamente, tres notas.

Primera: en mi opinión, su impronta más influyente y duradera en el mundo universitario español está y estará siempre vinculada a su tarea como introductor de un puñado de autores señeros en el pensamiento económico contemporáneo, con Schumpeter y su *Historia del análisis económico* a la cabeza, pero también con Myrdal, Hirschman y Galbraith. Un generoso aporte de alargada proyección.

Segunda, de su obra escrita consigno los dos títulos que por una u otra razón más he trabajado. Uno, sus *Ensayos sobre economía española*, obra editada en 1972, que contiene páginas brillantísimas, repletas de sugerencias e incitaciones para abrir líneas de estudio; a ella le dediqué, antes de conocer personalmente a su autor, una larga reseña en *Anales de Economía*, la revista especializada entonces decana entre las de su género. El otro libro de Estapé que pasó repetidamente por mis manos es el rotulado *Introducción al pensamiento económico. Una perspectiva económica*, un volumen de 1990, cuidado con esmero por el profesor Costas y por nuestro compañero Serrano Sanz, que tuve la ocasión de incluir en la Biblioteca de Economía que dirigí en la editorial Espasa Calpe.

Y tercera y última nota: capítulo aparte merecerá en cualquier recuento del trabajo de Estapé su no poco excepcional labor de divulgación de temas de economía, con colaboraciones periódicas que se han prolongado durante decenios enteros, dando prueba en ellas, no sólo de inusual amplitud de conocimientos, sino también de independencia radical de criterio y de libertad intelectual poco frecuentes.

\* \* \*

Termino. De entre los nuestros, de entre los economistas españoles del último medio siglo, Fabián Estapé ha sido, en definitiva, uno de los más grandes. Honremos su memoria.

**FABIÁN ESTAPÉ, *IN MEMORIAM***

**Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA SERRANO SANZ**



No es fácil trazar el perfil de una persona tan singular como quien fuera nuestro compañero, el Académico Fabián Estapé Rodríguez, en cuyo honor celebramos esta velada necrológica. Él, capaz como era de resumir en una frase brillante un problema complejo y hasta un tratado, es imposible de ser sintetizado.

Y, sin embargo, el suyo es un caso claro de alguien para quien resulta imprescindible superar la anécdota y recuperar la categoría. Porque la marea imparable de anécdotas que a todos se nos vienen a la cabeza cuando evocamos su nombre, nos hace correr el riesgo de trivializarlo. Por más que él mismo disfrutara en ocasiones difundiendo esa imagen, tomarla como única perspectiva para su retrato no le hace justicia. Era tan rotunda la presencia del personaje Estapé —el término rotunda es de Fuentes Quintana— que a muchos ha oscurecido su obra. Por eso conviene separarlos a efectos expositivos, como haremos en esta breve semblanza.

\* \* \*

Sobre el personaje. Cuesta trabajo evitar referirse a su ingenio, del que a veces él mismo fue,

en sus propias palabras, esclavo. Es casi obligado traer a colación frases y anécdotas de la carrera, las milicias navales, de su tío laureado o de su paso por Madrid. Y cómo evitar alguna alusión a su maldita afición al boxeo, que en tantos discípulos dejó huella, y no precisamente intelectual. O a su condición, proclamada orgullosamente, de anuncio vivo del habano, heredada también por algún discípulo.

Es difícil olvidar que pocos como él disfrutaron tan intensamente del poder de la palabra. Fue un conversador deslumbrante e inagotable. Pero no hubiera sido tal sin una cultura enciclopédica, nacida de lo que Salvador Espriu llamó “la curiosidad universal” de Estapé. Una curiosidad que lo convertía en un lector voraz de libros de ensayo o memorias, pero también de novelas. En seguidor compulsivo de periódicos y de cualquier otro medio de comunicación. En interrogador ávido de quien tuviera noticias o informaciones desconocidas, en especial si resultaban sorprendentes. En pocos casos como en el suyo se puede decir con propiedad que nada humano le era ajeno.

Asombrosamente, esa curiosidad universal no hizo de él un diletante, como le hubiera ocurrido a alguien con menos fortaleza. Elaboró una sólida obra académica, de la que se hablará después, la

cual a veces parece arrollada por el personaje, pero tiene enjundia y consistencia, tanto por los temas abordados como por los enfoques escogidos.

Pero Estapé fue también un hombre de acción, con un compromiso público permanente. Un compromiso que giró en torno a dos ejes: la Universidad y la política económica española. Sobre ambas cuestiones tenía ideas claras y las difundió a través de innumerables artículos de prensa y conferencias con los que trataba de ganarse a la opinión pública, consciente como era de su valor. Además en ambos terrenos reforzó su compromiso, ocupando cargos. Por supuesto, para Estapé ocupar un cargo estaba en las antípodas de flotar blandamente en una poltrona. En todo quería dejar huella profunda, por más que le costase serios contratiempos.

En el ámbito universitario fue un activo decano, que dejó como herencia un nuevo edificio y, sobre todo, una biblioteca —siempre las bibliotecas— construida libro a libro. Todavía en Zaragoza sorprende la cantidad y calidad de libros comprados en sus años de Catedrático. Rector por dos veces en época convulsa, se empeñó en proclamar la tradición de la Universidad de Barcelona, recuperando hasta el viejo escudo. Siempre fue un convencido del valor y la fuerza de los símbolos.

En política económica, se comprometió con la reforma del viejo modelo autárquico en la segunda mitad de los cincuenta y con la planificación del desarrollo en el decenio siguiente. Su labor de asesoramiento a diferentes ministros fue continuada y culminó con su nombramiento como Comisario Adjunto del Plan de Desarrollo a principios de los setenta.

Por una de esas paradojas de la historia, su protagonismo en la vida pública se desvaneció precisamente en la democracia, cuando, por formación y convicciones, parecía llegada su hora. Esto no restó un ápice a su interés por el destino colectivo, pero su contribución a conformarlo acabó por ceñirse, sobre todo, a una presencia siempre activa en los medios de comunicación.

\* \* \*

En cuanto a su obra académica. En alguna ocasión se quejó Estapé de que sus trabajos habían tenido escasa visibilidad, aunque reunidos y ordenados conformaban un cuerpo apreciable. Es cierto. Porque resulta imposible transitar por la historia económica española contemporánea, o por la del pensamiento económico, sin atender a las luces encendidas por Fabián Estapé. Otro tanto sucede con los años del desarrollo. Ocurre, sin embargo, según mi interpretación, que Estapé no

era hombre de tratados sino de abrir horizontes, como tantas veces nos dijera él, evocando la despedida de Schumpeter en Bonn. Esa, que es la tarea de un verdadero maestro, no siempre es valorada como merece.

Repasar la obra de Estapé obliga a verlo abriendo caminos. Buscaba en textos olvidados documentos que enlazasen nuestro pasado con presente y futuro. Reivindicaba a economistas desconocidos, como Ibn Jaldúm, López de Peñalver —completado después por su primer discípulo, Ernest Lluch— y Ramón de Santillán. También reivindicaba a economistas mal valorados, en su opinión, como Canga Argüelles o el mismo Figuerola. Contribuyó con Enrique Fuentes Quintana y Juan Velarde a recomponer la tradición reciente de los economistas españoles, al situar en lugar preferente a don Antonio Flores de Lemus. Incitó a revisar la interpretación de nuestro pasado fundiendo las visiones de los economistas y los novelistas sensibles a hechos económicos. Trajo tempranamente a España las ideas de ciertos economistas que aunaban una sólida formación ortodoxa con perspectivas innovadoras. Así, entre otros, a Hirschmann, Myrdal, Galbraith o Schumpeter.

Con respecto a Schumpeter. Su nombre en relación con Estapé merece, sin duda, capítulo

propio. Con ningún otro economista llegó a tener tan completa identificación y a nadie dedicó tantos escritos. Todo en Schumpeter le fascinaba, obra y biografía. El destino le vedó una relación directa por muy poco, pues le escribió el día 8 de enero de 1950 precisamente el día en que Schumpeter murió. Este fue otro de esos episodios que le animaron a calificar de legendaria su mala suerte. Una mala suerte que habría empezado el día de su nacimiento, según él el día en que comenzó su decadencia.

El primer trabajo sobre Schumpeter fue el largo comentario dedicado a *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, cuyo planteamiento no podía sino deslumbrar a Estapé. A continuación no hubo libro del autor austriaco que no hiciese traducir o prologarse. Aunque fuese la *Historia del análisis económico*, según confesión propia, el libro que no dejó de leer cada día desde que cayó en sus manos. Nada más lógico, porque allí estaba el mundo cultural en su plenitud, como le gustaba a Estapé. Fué libro de lectura obligada para sus discípulos y acaso lo que decidió su vocación por la historia del pensamiento económico. Desde muy temprano, nos empezó a decir que su última etapa en la vida académica, la dedicaría a esa cuestión. Y, de hecho, hace unos años escribió: “entre pronunciarse por la duración de un ciclo especulativo bursátil o debatir entre las diversas

ediciones del Tratado de Nicolás de Oresme, la elección era clara”. Lo ponía en el ánimo de Schumpeter, pero la trasposición estaba igualmente clara. El erudito había ganado la partida.

\* \* \*

La mirada de Fabián Estapé era la de un verdadero intelectual, no la de un mero especialista. Siendo un gran economista, siempre le interesó el universo cultural que había más allá de la economía, muy particularmente, le fascinó la tradición intelectual española.

En este punto se hizo patente la huella de Don Luis García de Valdeavellano: el nexo con la cultura anterior, a decir de Estapé. El Seminario de Historia del Derecho durante la carrera había sido su verdadero bautismo intelectual y hasta, en otro orden de cosas, le había hecho coincidir con María Antonia Tous. De ahí que siempre lo evocara con respeto y cariño. Esto resultaba muy claro desde la perspectiva de un discípulo. Porque el primer mandato, que no consejo, que nos dio a Antón Costas y a quien les habla, al iniciar la Tesis Doctoral, era que había que visitar en Madrid a su maestro. Era una a modo de ceremonia iniciática, que tenía por objeto situar a sus propios discípulos en la tradición de Ortega, de Unamuno y del institucionismo. Por supuesto, antes

de hacerlo era preciso zambullirse en el universo intelectual de finales del XIX y comienzos del XX, a fin de estar a la altura. Don Luis, por cierto, resultó ser un viejecito encantador, mucho menos inquisitivo de cuanto amenazase Estapé.

El Estapé intelectual encontró su mejor veta en Ildefonso Cerdá. Biografiarlo exigía recrear el universo barcelonés de mediados del diecinueve, sumergirse en el urbanismo, las ideas, la economía y la política. Sorprender con erudición y deslumbrar con capacidad de síntesis. Ese era el talento de Estapé. Quizá por eso dijo a menudo que era el libro del que se sentía más satisfecho.

Aunque acaso haya otro motivo de preferencia por Cerdá y es su calidad de incomprendido, que Estapé creía compartir. Porque su condición de catalán intensamente comprometido con España no dejó de proporcionarle cierta incompreensión. Lo mismo que les había ocurrido, por cierto, a otros personajes admirados por Estapé, como Laureano Figuerola o Josep Pla.

\* \* \*

Concluyo. En sus años finales de León, recuperamos al Estapé más cálido, quien en sus últimas asistencias a la Academia tenía esa mirada inteligente, sorprendida y traviesa de siempre,



levemente dulcificada. Queda su obra, y con ella, el recuerdo de la persona. Para mí, además, el de mi maestro y amigo.

Muchas gracias

*IN MEMORIAM.*  
**D. FABIÁN ESTAPÉ RODRÍGUEZ**

**Excmo. Sr. D. JULIO SEGURA**

Participo en este acto en memoria del profesor Estapé con pocos méritos para ello. Pero algunos académicos me han sugerido que hablara hoy aquí porque Fabián siempre me ha considerado —y se encargó de airearlo— un buen amigo y no puedo negarme a ello por cariño, porque creo que se merece mucho más que este homenaje y como muestra de agradecimiento personal.

Dentro de esta misma casa hay varios miembros con relaciones de corte más académico e, incluso algunos, más dilatadas en el tiempo con Estapé que yo. Algún académico ha sido alumno directo de Fabián, algunos fueron compañeros generacionales y coincidieron en fatigas y trabajos, algún otro se encuentra cercano a su especialización académica. Yo no pertenezco a ninguno de estos grupos, he sido simplemente un amigo a partir de una situación casual que me convirtió en deudor suyo.

Cuando oposité a cátedra, a comienzos de 1970, los presidentes de tribunal eran nombrados por el Ministerio de Educación. La cátedra 'principal' a la que optaba era Barcelona y Estapé era por aquel entonces su Rector. Como es razonable, quería conocer y tratar de influir en la elec-

ción de la persona a quien tendría que soportar en su Universidad y consiguió ser el presidente del Tribunal. Allí le conocí.

Los cinco opositores principales de los otros 17 que optaban a la cátedra tenían a “su” catedrático en el Tribunal, pero yo no porque la rotación no alcanzó a Ángel Rojo, aunque sí a D. José Castañeda, de forma que cómo me valorara el Presidente resultaba crucial para mi futuro. Tras el primer ejercicio me preguntó si, en caso de resultar elegido, optaría por Barcelona, y desde ese momento me consideró su candidato. Allí nació mi agradecimiento y una larga amistad.

No es fácil, dado el tipo de relaciones descrito, hacer un elogio mesurado de un personaje irrepetible sin caer en una hagiografía poco creíble, que el propio Fabián rechazaría, o en un sabroso anecdotario, algo muy fácil en el caso de nuestro compañero. Anécdotas tengo bastantes, pero no me atrevería a contarlas, por razones distintas, ni en el patio de un colegio ni en esta Real Academia. Ciertamente apuntan algunas características de su personalidad: su extremada y rapidísima inteligencia, su ironía e ingenio y también su innegable capacidad para recolectar algunas enemistades —en su honor diré que casi todas ellas deseables—, pero se trata de anécdotas que, por su brillantez, ocultarían lo que han sido las verda-

deras aportaciones de Estapé a la Universidad y a la economía de este país, que serán los temas sobre lo que versará la mayor parte de mi intervención.

Unas pinceladas previas sobre ciertos aspectos de su vida que ayudan a entender a la persona. Nacido en 1923, el profesor Estapé tuvo unos inicios educativos que hacían presagiar su fuerte personalidad. Fue expulsado de los maristas a las dos semanas por romperle un diente a un compañero al tomarse con excesivo realismo la lucha, que supongo perseguiría un objetivo educativo, entre romanos y cartagineses; posteriormente fue expulsado de los hermanos del Colegio Condal por poner chinchetas en el asiento de un compañero. Duró solo el primer año de bachillerato en el Instituto Balmes y terminó recalando en los Salesianos de Mataró donde logró acabar el bachillerato. Esta visión de estudiante indisciplinado debe, no obstante, completarse señalando que fue un lector precoz y casi compulsivo: leyó, por iniciativa propia, la historia universal de Altamira y la de Malet e Isaac en sus años de bachiller. Genio y figura.

En la Universidad recibe su primera gran influencia académica: el profesor García de Valdeavellano le propone entrar en su seminario de historia del derecho para estudiantes avanzados,

iniciándose una relación entre ambos que marcará a Estapé para siempre. Acaba sus estudios en 1946 y los cuatro años siguientes es profesor ayudante de historia del derecho y economía junto a quien sería su mujer, Mariantònia Tous, en la cátedra de Valdeavellano de quien, tras la lectura de su tesis doctoral, sería profesor adjunto.

Su tesis doctoral, *La reforma tributaria de 1845*, leída en 1953, acreedora al Premio Román Rianza a la mejor tesis en el ámbito de la historia económica, siempre fue considerada por su autor como un peaje a pagar para poder tener una posición estable en la Universidad, pero nunca le interesó en exceso quizá porque, como justificaré enseguida, era el tipo de trabajo que le motivaba poco. Las relaciones con su director, Ramón Carande, fueron poco satisfactorias y el tema no le apasionó, hasta el punto de llevar más de medio siglo sin poder evitar un comentario ácido cada vez que se mencionaba el nombre de Alejandro Mon.

Ya unos años antes había empezado a interesarse más por la economía que por el derecho porque, en sus propias palabras, “la economía era una vía más contundente de entender la realidad que el derecho”.

En su interés por la economía —por entender la realidad— tuvo una influencia determinante el otro maestro de su vida, Schumpeter, de quien leyó en 1948 su *Capitalism, Socialism and Democracy* y, poco después, la *Theory of Economic Development*, obras que le influyeron decisivamente con su visión del papel del empresario innovador y de la evolución futura del capitalismo. Este interés por la economía se había manifestado, antes de la obtención del título de Doctor, en la publicación de dos artículos en la prestigiosa revista *Moneda y Crédito*, uno sobre Veblen en 1949 y otro sobre el *Ensayo* de Cantillon dos años más tarde. Pero sobre todo en su extenso trabajo “El profesor Schumpeter y el porvenir del sistema económico” publicado en junio de 1950<sup>1</sup>, en mi opinión su mejor pieza académica.

¿Qué atrae al profesor Estapé del profesor Schumpeter? Todo: la obra y el personaje.

La España que le tocó vivir a Estapé era una dictadura confesional autárquica, con una eco-

---

<sup>1</sup> Los trabajos del profesor Estapé sobre autores extranjeros se encuentran compendiados en *Ensayos sobre la historia del pensamiento económico*, Ediciones Ariel, Colección Laureano Figuerola, Barcelona 1971, donde el artículo citado ocupa las páginas 165-287. Los de autores españoles en *Introducción al pensamiento económico. Una perspectiva española*, Espasa Calpe, Biblioteca de Economía, Madrid, 1990.

nomía intervenida y empobrecida culturalmente, y Fabián quería ayudar a cambiar eso y creía que la economía podía ser una poderosa palanca de transformación. La concepción del proceso capitalista de Schumpeter, con la figura central del empresario emprendedor e innovador y el proceso cíclico de destrucción creadora, explicativo de la dinámica del capitalismo, no solo le cautivó como construcción intelectual —con claras relaciones con otros autores muy queridos para él y muy distintos entre sí como Marx, Veblen y Galbraith—, sino como instrumento para tratar de convencer a los inmovilistas, a los beneficiados con la autarquía y el intervencionismo, de que esa forma de organización económica no podía tener futuro.

En la personalidad del maestro austríaco, salvando las distancias, es claro que Estapé tenía que encontrarse reflejado en muchos aspectos. Mal banquero y político, es decir, hombre poco práctico, pero excepcional profesor, agudo polemista, con una obra escrita muy dispersa, de enorme calidad y con una aportación a la historia de las doctrinas monumental, su *History of Economic Analysis*, que Estapé logró tradujera al castellano Manuel Sacristán.

La obra escrita de Estapé es parca en artículos científicos, pero enormemente variada y orienta-



da siempre a la enseñanza y la introducción de ideas novedosas en su momento. Cuando publica el primer artículo sobre un tema considera que ya ha aportado lo que debe y le divierte, es decir, lo que contiene una aportación original. A partir de ahí ya no se entretiene en segundas derivadas, matizaciones o ampliaciones: pasa a otro tema, a otro autor. Solo sus admirados Schumpeter y Galbraith se merecen dos artículos y el primero un prólogo más.

Traduce, con una excelente introducción, los *Ten Great Economists: from Marx to Keynes* de Schumpeter, el texto de economía de Di Fenizio, dirige las versiones del *Capitalismo americano. El concepto de poder compensador de Galbraith* y *La estructura de la economía americana 1919-1939: una aplicación empírica al análisis del equilibrio* de Leontieff; descubre personajes de segunda fila en términos históricos pero muy sugerentes y rompedores para la época (Ibn Jaldun o Julio Senador Gómez, sobre quien versó su discurso de recepción en esta Real Academia en 1988), escribe durante medio siglo su columna en *La Vanguardia*.

Catedrático de Economía Política y Hacienda Pública entre 1955 y 1960 en Zaragoza, obtiene la cátedra de Política Económica de Barcelona en 1960. No logra que se convoque una plaza de Historia del Pensamiento Económico por el temor

del franquismo a su posible contenido (como sabemos, había escrito sobre Marx, Veblen, Schumpeter...). Me consta de boca de Fabián que la docencia fue su actividad más gratificante por lo que suponía de contacto directo con los alumnos, de influencia sobre su forma de pensar, de rejuvenecimiento continuado. Lo demuestra que, a lo largo de su vida, diera clases a 34.500 alumnos, porque no se trata de que sean muchos, que lo son, sino de la idea de contarlos. No conozco a ningún otro profesor universitario que haya realizado este cálculo y, sobre todo, que se ufane públicamente de ello. Y una de sus grandes alegrías fue cuando un grupo de distinguidos académicos, antiguos alumnos, le ofrecieron en 1995 dar clases de historia del pensamiento económico en la Pompeu Fabra. Aparte lo que implicaba de reconocimiento, con 35 años de retraso tenía una cátedra de historia de las doctrinas económicas.

Transmitió a sus alumnos, aparte conocimientos concretos, un estilo de trabajar, de seleccionar problemas, de enfrentarlos, que puede considerarse un estilo de trabajo, pero no una escuela. A él le son aplicables las palabras de Schumpeter en su despedida de la Universidad de Bonn camino de la cátedra en Harvard, que cita en sus memorias<sup>2</sup>:

---

<sup>2</sup> *De tots colors* (versión castellana con el título *Sin acuse de recibo*), Plaza y Janés editores, Barcelona, 2000.

“No hay ni habrá nunca una escuela schumpeteriana. Las escuelas son perturbaciones de gente que pretende recoger todo en un libro y rodearse de repetidores del mismo. Nunca he concebido mi misión como la de cerrar puertas, sino la de abrirlas”.

Vivió muy intensamente la vida política y cultural española y, muy especialmente, la catalana, desde el ámbito del socialismo y la izquierda: Joan Reventós, Manuel Sacristán, Carlos Barral, Josep Benet, Jaime Gil de Biedma, Jordi Nadal, Ángel Latorre y también Josep Borrel, Narcís Serra, Pascual Maragall y un largo etcétera. Fue el primer decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona (1962-65), Rector en dos ocasiones (1969-71 y 1974-76), ambas en periodos extremadamente conflictivos de la universidad española, en los que mantuvo una posición democrática y progresista con gran dignidad, lo que le obligó a dimitir.

Una última faceta a destacar fue su participación activa como economista en el ámbito público: en la Ley de reforma tributaria de 1957, pieza previa al Plan de Estabilización; fue uno de los tres miembros de la comisión asesora del Plan de Estabilización (junto a Joan Sardá y Enrique Fuentes); formó parte de la Comisión Asesora del Plan de Desarrollo; fue Asesor del Ministro

de Industria y Comisario Adjunto del Plan de Desarrollo, hasta dar por terminada su colaboración con el sector público en 1972, cuando dimitió de este último cargo.

Un personaje irrepetible. Un hombre bueno pese a su carácter, con frecuencia ácidamente crítico. Un amigo leal más allá de las divergencias y desacuerdos. Una persona generosa con su saber. Un profesor excepcional.

No me despido porque le llevaré siempre en mi memoria. Gracias profesor Estapé por haber estado entre nosotros, gracias Fabián por tu amistad.

**FABIÁN ESTAPÉ:  
UN ASIENTO PERMANENTE**

**Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES**

Fabián Estapé fue un académico, al par que impagable, simultáneamente original. Recordemos que fue elegido para la medalla 23 en 1987. Tomó posesión, contestándole Fuentes Quintana el 23 de mayo de 1989. Renunció a su plaza en diciembre de 2001, pero volvió a ingresar en la medalla 41 el 31 de enero de 2006, contestándole yo a su discurso de segundo ingreso. Esta originalidad que aquí y así se mostró, era connatural en él. Los que además de admirarle, fuimos sus amigos, no podemos nunca olvidar cuatro etapas en las que esto se manifestó de modo bien claro.

Todo se inició al conocer su capacidad extraordinaria en el verano de 1950, al haber asistido Estapé al curso de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Eucken dio entonces en ella, rodeado de varios brillantes profesores españoles —Ullastres, Castañeda...— un curso brillantísimo donde expuso lo esencial de la postura de la Escuela de Friburgo. A partir de ese mes de agosto, hubo un cambio en la vocación del profesor Estapé. Ahí se inicia una evolución que puede calificarse como su primera etapa. Fue la de su preparación, y de acceso después, a la cátedra universitaria. Una vez alcanzada la de Economía Política de la Universidad de Zaragoza

alcanzó la de Política Económica de la Universidad de Barcelona. Sus ejercicios fueron, al par, brillantes y originales.

Después, en la propia Universidad de Barcelona, yo conviví con él allí a lo largo de tres cursos universitarios. Sus filias y fobias le convirtieron en alguien dispar del resto de los miembros del claustro. Pero cuando asistí, como simple colega curioso, a alguna de sus clases, quedé admirado por la mezcla de calidad científica y pedagógica que mostraba. Todo eso hizo que me convirtiese yo en un ardoroso defensor suyo para el puesto de Decano —que logró— de la Facultad de Ciencias Económicas de esa Universidad.

Pero casi simultáneamente, a través de la llamada “Consultiva” de López Rodó, los dos pasamos a convivir las tardes de un día a la semana en el despacho del Comisario del Plan de Desarrollo. Pronto lo vi ascender al puesto de Comisario Adjunto, demostrando, casi a renglón seguido, en defensa en las Cortes, una y otra vez, los puntos de vista lógicos sobre el desarrollo económico que precisaba España, frente a algún procurador que, hay que confesarlo, disparataba, pero lo hacía con tanto ahínco, que amedrentaba a un posible opositor. Nada de esto sucedió con Estapé, quien mostró unas condiciones dialécticas excepcionales. En resumen: dominaba la

política económica y supo articularla acertadamente a partir del momento en que le habían designado Comisario Adjunto. Mantuvo, eso sí, su talante irónico, original. Una vez fui a visitarlo a su despacho y me dijo: “Mira lo que hay ahí dentro”. Era una caja metálica vertical. La abrí, y en su interior se encontraba una lanzadera de telar. Y añadió: —“La tengo ahí, porque si se quita, igual puedes acabar en la cárcel”. Era la época de la textil “Matesa” que todos sabemos cómo concluyó.

Finalmente, a lo largo de su vida universitaria y académica, que él mostró, sin disimulo alguno, en sus libros de memorias, quedó evidencia de su calidad extraordinaria. Naturalmente, esta actitud la mantuvo intacta a lo largo de una colaboración sistemática en la prensa. La inició, creo recordar, en *El Noticiero Universal*; la continuó a lo largo de muchos años en *La Vanguardia*, y en su retiro final en León, en el *Diario de León* y, como despedida, en *El Economista*.

Por teléfono, hablé con él por última vez. Le indiqué que algunos amigos, encabezados por Fernando Becker, habíamos pensado lo conveniente de crear un premio para los economistas que escribían en la prensa, que ese premio debía llamarse “Premio Fabián Estapé” y que, naturalmente, él debería ser el primer galardonado. Si



le di una alegría, me pareció que sí. La conciencia de ello alivió algo mi dolor cuando pocos días después me enteré de su fallecimiento.

Además era un polemista formidable, y siempre apetecía discutir con él, verle discrepar, y al final, comprender cuánto de inteligente existía en su discrepancia. En estas campañas mezclaba, en ocasiones, talantes cívicos de primera magnitud. ¿Es posible olvidar lo que, con ellas consiguió como homenaje a Ildefonso Cerdá, un personaje clave de la estructuración de la Barcelona actual, figura que estudió Estapé extraordinariamente a fondo, y que con su campaña motivó que se le rindiese a su cadáver el honor que la Ciudad Condal le debía?

Resultaba, además, muy agradable debatir materias con él, porque era, al par, ingenioso y afable, no se encastillaba en unas posturas iniciales y sorprendía siempre con frases ingeniosas. Recuerdo cuando un día, cargado yo probablemente de pedantería, le dije ante un argumento suyo sobre la relación de dos fenómenos coetáneos: —Pero es que correlación no es causalidad. Lo escuchó, y me replicó: —“Cuidado, porque tampoco es casualidad”.

Y ¿por qué era, además, un polemista formidable? Porque tenía una doble base impresio-

nante. Por una parte, y con muy buenos profesores y las más altas calificaciones, había cursado en la Universidad de Barcelona la carrera de Derecho, vinculándose con un maestro indiscutible como era García de Valdeavellano, en Historia del Derecho. Fue profesor adjunto de esta cátedra en la Universidad de Barcelona.

A partir, exactamente, como he señalado, de 1950, amigos iniciales suyos, como Fuentes Quintana, quien también había cursado Derecho, como Alfredo Cerrolaza, como muy pronto Ramón Trías Fargas, y como yo mismo, le impulsamos hacia la economía. Pronto quedamos fascinados por su capacidad en este terreno. Nos lo encontrábamos manejando a la perfección los *Foundations of Economic Analysis* de Samuelson, esa obra que tiene como base que “las matemáticas sean un lenguaje”. Por cierto que años después Estapé me contó una anécdota deliciosa. Cuando se encontró con Samuelson en Barcelona, le abordó diciéndole: —¿Cómo Vd., después de aquel libro que me hizo trabajar con mucho ahínco, escribió el facilísimo de entender que es su *Economics*? Y según me informó Estapé, Samuelson le respondió: —“Mire, yo hubiera seguido con la economía tal como la expuse en los *Foundations*, hasta que, una vez casado, mi mujer tuvo mellizos. Al cabo de cierto tiempo, volvimos a esperar familia. Fuimos al médico y éste, des-

pués de examinar a mi esposa nos soltó: ¡Son trillizos! A partir de ese momento comprendí que tenía que escribir un manual”.

Pero Estapé, simultáneamente trabajó en su tesis doctoral sobre la reforma fiscal de 1845, en la que puntualizó, para siempre, el papel esencial como técnico, de Ramón de Santillán, con lo que dejó de bautizarse como reforma Mon y pasaría, definitivamente, a ser, la “reforma Mon-Santillán”. Su libro, pues, *La reforma tributaria de Alejandro Mon*, se ha convertido en una obra de obligada referencia en el mundo de la Hacienda Pública.

Su actuación se centró en buena parte en la historia de las doctrinas económicas, y muy en concreto en la figura de Schumpeter. He aquí unos párrafos de su Prólogo a la obra schumpeteriana *Diez grandes economistas*: “*Los Diez grandes economistas* englobados en el subtítulo «de Marx a Keynes», constituyó una formidable novedad, habida cuenta de la calidad, el penetrante análisis e incluso la compasión de los que Joseph Alois Schumpeter hizo gala siempre al tratar la vida y la obra de sus semejantes. Fue siempre, no se olvide un grande enfrascado en la tarea de escribir las peripecias, las cualidades y los logros de lo más granado de la profesión”.

Pero también le apetecía descubrir planteamientos nuevos. Eso es lo que le debemos por su

traducción de la obra de Galbraith, *The Affluent Society*, que trabajó muy bien como “La sociedad opulenta”, y que en tantos sentidos se une a la obra de Ortega *La rebelión de las masas*. Recuerdo una reunión con Galbraith en Madrid, quien vinculó a Estapé y a Ortega más de una vez en su conversación.

No se ocultó nunca Estapé ante sus colegas. En primer lugar, con unas clases espléndidas que originaban huella profunda en sus alumnos. En segundo, creando una escuela. Sus miembros son nombres tan destacados en la profesión como Ernest Lluch o José María Serrano, Jacinto Ros Hombravella o Antón Costas. Y en tercer término escribiendo sus memorias gracias a las cuales tantísimo conocemos de la vida intelectual y política española. Porque, además, Fabián Estapé habló con Franco sobre los Kennedy, anduvo por Comisiones Obreras, fue Comisario Adjunto del Plan de Desarrollo, y todo ello siempre con seriedad no exenta nunca de un cierto talante muy original, que más de un disgusto le originó, porque el sentido del humor no abunda.

Naturalmente, acumuló premio tras premio, y para mí siempre será un honor haber estado en alguno de los jurados que se lo discernieron. Esos premios fueron el Román Riaza, por su tesis doctoral; el Premio de la Fundación Juan March

en 1957 y Premio Jaime I de Economía en 1995, aparte de las condecoraciones que recibió: las Grandes Cruces de Alfonso X el Sabio —fue un espléndido rector de la Universidad de Barcelona en una época muy difícil— y del Mérito Civil; también se le otorgó la Creu de Sant Jordi, y estaba orgulloso de tener la Legión de Honor francesa.

Comprendió que era preciso indagar el mundo empresarial. Lo hizo a fondo. Fue Consejero de la Telefónica, de ENHER y de la Renfe, porque también comprendió, como decía Alfredo Marshall, que un gran economista tiene que saber “mancharse las manos” —en un sentido que nada tiene que ver con las “manos sucias” de Sartre— en la vida concreta de las empresas, de los negocios, de las fábricas. Era una delicia escucharle, desde la década de los cincuenta y hasta 1986, relatar enseñanzas, reacciones, que se debían precisamente a esas vivencias en el ámbito de esas empresas

La suma de todo me lleva a imitar a su admirado Schumpeter. Éste solía decir —transcribo a Estapé— que “la Ciencia Económica viene a ser una especie de autobús singular, con plazas limitadas, en el cual, algunos, muy pocos, tienen asiento reservado para la eternidad; otros, que son la mayoría, se ven obligados a descender, después

de un periodo, en la escala siguiente, dando paso a nuevas estrellas”. Schumpeter es uno de los de asiento perpetuo en este autobús de la ciencia económica mundial, y Estapé lo mismo en el autobús de la ciencia económica española.

## **PALABRAS DEL**

**Excmo. Sr. D. CRISTÓBAL MONTORO**

**MINISTRO DE HACIENDA  
Y ADMINISTRACIONES PÚBLICAS**

Muchas gracias, buenas noches.

En primer lugar quiero agradecerles a todos su presencia. Para mí es un honor estar aquí acompañado por la Ministra de Empleo y Seguridad Social y hacerlo con motivo de este acto en homenaje al profesor Estapé, al que he sido invitado, además, por el Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, D. Marcelino Oreja. Este es un acto especial, entrañable y emocionante para todos. Y singularmente para los que en buena medida nos sentimos discípulos del conocimiento del profesor Estapé. D. Fabián Estapé ha dejado un vacío difícil de llenar. Por eso, no puedo por menos que manifestar mi agradecimiento a los Académicos que esta noche han recordado y glosado las aportaciones doctrinales del profesor Estapé y su singular personalidad.

Yo, por mi parte, insistiré en lo que ha sido la contribución de esa generación de los primeros economistas españoles, a la que perteneció D. Fabián. Fue una generación decisiva para el desarrollo de la economía de nuestro país a partir de los años 50 y 60, una generación que todavía hoy sigue dejando su impronta con sus aportaciones,



puesto que algunos de sus economistas siguen siendo hoy en día una fuente de conocimiento. Fabián Estapé pertenece a esa generación de profesores, de estudiosos, que desde el mundo del derecho descubren la economía como esa joven ciencia desde la que se puede, y se debe, analizar los comportamientos humanos y los comportamientos sociales y que puede ser determinante en la acción política, por su capacidad para transformar la economía de los países, como ocurrió con España, en esas décadas, con el Plan de Estabilización del año 1959 y los Planes de Desarrollo de los años 60, con la participación de personalidades como Estapé. Era la España de la postguerra, la España aislada en términos económicos y culturales que, por fin, se abría y que hacía posible ese proceso de estabilización y de reforma de la economía española para propiciar unas etapas de mayor prosperidad y de mayores oportunidades para el conjunto de la sociedad. Recordemos que en el año 60 la renta per cápita española apenas llegaba al 60% de la media de la Unión Europea de los 15 países.

Así que me parece de justicia destacar lo que fue esa aportación a un proceso que es económico pero también de apertura y de fundamento político, y reconocer la aportación de esa generación de economistas, que con su conocimiento no sólo contribuyeron a impulsar la economía espa-

ñola, sino también a formar toda una legión de economistas de la que yo mismo formo parte. Soy heredero intelectual de ellos y en ese sentido me siento también servidor de su pensamiento y de su conocimiento. Y ahora soy de nuevo inquilino de la Real Casa de Aduanas, donde don Alejandro Mon en el año 1845 de una manera casi definitiva constituyó la sede del Ministerio de Hacienda, y donde acometió la reforma tributaria conocida después por los hacendistas como la Reforma Mon-Santillán, que tanto estudió el profesor Estapé, aunque he aprendido esta noche que realmente le llegó hasta aburrir ese estudio, ¡pues menos mal! porque para los demás ese estudio y ese conocimiento ha sido decisivo. Pero también es un ejemplo del temperamento de don Fabián, que se expresaba con una libertad intelectual y una capacidad crítica sin límites. Ese carácter crítico del que yo también fui objeto. A mí también me criticó, en algunos de sus artículos de La Vanguardia, en mi anterior etapa de Ministro de Hacienda. No estaba de acuerdo conmigo, en ocasiones, porque era imposible que don Fabián estuviera de acuerdo con todo, afortunadamente. Analizaba con ese sentido crítico las políticas económicas de España y también, obviamente, criticaba a quienes aplicábamos esas pautas económicas en la vida de los ciudadanos, modificando el rumbo de la política de nuestro país.

D. Fabián Estapé en su libro “Mis economistas y su trastienda” dedica un amplio capítulo a un economista español que todos recordamos también con admiración y que para mí tiene además la proximidad de ser natural de Jaén, como yo mismo, y haber habitado, como yo mismo, durante años la Casa de Aduanas de la calle Alcalá. Fabián Estapé reconoce en don Antonio Flores de Lemus a un precursor de la economía española, al profesor que persigue la excelencia y al asesor indispensable de quienes tienen la responsabilidad de tomar decisiones en el ámbito de la Hacienda Pública. La cercanía de Fabián Estapé con Antonio Flores de Lemus y toda su familia da pie a la descripción de acontecimientos y anécdotas muy interesantes y curiosas del economista jienense. Una de ellas tiene relación muy directa con esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la que celebramos este homenaje. Afirma Fabián Estapé que el yerno y la hija menor de don Antonio creyeron obedecer la voluntad del talante del maestro encontrando en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la madrileña Torre de los Lujanes, el lugar más adecuado tanto para conservar su biblioteca, un preciado legado, como para la consulta de futuros estudiosos de lo mucho que resta aún por conocer de ese primer gran economista de la historia de España.

Con estas breves palabras lo que quiero es, en definitiva, sumarme al reconocimiento, al agradecimiento por la obra de don Fabián. Reconocimiento y Agradecimiento que extiendo también a su familia, como no podía ser de otra manera. Saben ellos bien que estoy muy honrado de poder participar personalmente en este homenaje y, sobre todo sumarme a algo que siempre estará ahí, como es la enseñanza de trabajo y dedicación a la economía española. Don Fabián Estapé es un ejemplo de libertad y de preocupación por el bien común, desde cuyo espíritu quiero colaborar a cerrar lo que ha sido sin duda alguna este emocionante y entrañable acto.

Muchas gracias.